

SEGUNDA PARTE

RAZAS HUMANAS

CAPÍTULO PRIMERO

ESPECIE.—VARIEDAD.—RAZA.—CLASIFICACIONES DE LAS RAZAS

CARACTERES FISICOS.—A. De órden anatómico.—Craneología.—Caractéres descriptivos: procedimientos de Blumenbach, de Owen, de Prichard.
—Caractéres craneométricos: principios y métodos de la craneometría.

Las divisiones y sub-divisiones de la familia humana se designan en lenguaje corriente con el nombre de *razas*, y en estos términos su estudio no ofrecería mayores dificultades que el de todas las demás divisiones análogas de la historia natural, si no se hubiesen mezclado prematuramente cuestiones de doctrina. Se pregunta si estas razas tienen el valor de especies, de variedades, y hasta de géneros.

Antes de contestar debemos ver: 1.º las definiciones que se han dado de todos estos términos; 2.º las clasificaciones de las razas; 3.º los caractéres particulares en que reposan; 4.º los principales tipos físicos que sin prejuzgar nada se pueden admitir ya entre los hombres.

DE LA ESPECIE.—El fondo del debate reposa en el sentido que se ha de dar á esta palabra y en su circunscripción exacta, lo cual obliga á reproducir cierto número de definiciones, pero estas últimas tienen la ventaja de estrechar las cuestiones de cerca. En las primeras veremos reflejarse la preocupación de las dificultades inherentes á su determinación; en las segundas se enuncia un principio del que rebosan las consecuencias: las especies son variables sin límites precisos y se trasforman con el tiempo. En las últimas afirmase el principio contrario: las especies son inmutables, y sus variaciones no traspasan jamás los límites.

«Bajo la denominación de *especies*, escribía Robinet en 1768, los naturalistas comprenden la colección de individuos que poseen una suma de diferencias apreciables por ellos.»

«La especie, dice Agassiz, es el último término de clasificación en que se detienen los naturalistas, y esta última división se funda en los caractéres menos importantes, como la talla, el color y las proporciones.»

«La especie, según Lamarck, es la colección de individuos semejantes que la generación perpetúa en el mismo estado, *en tanto que las circunstancias de la situación no cambien* lo bastante para variar sus costumbres, sus caractéres y sus formas.»

«La especie, dice después E. Geoffroy Saint-Hilaire, es una colección ó una serie de individuos caracterizados por un conjunto de caractéres distintivos, cuya trasmisión es natural, regular é indefinida *en el estado actual de cosas*.»

«La especie, se limita á decir Cuvier, es la colección de todos los seres organizados, nacidos unos de otros ó de padres comunes, y de aquellos que se les asemejan tanto como se parecen entre sí.»

En la definición que se ha de citar después, de Prichard,

quien se preocupaba sobre todo de la posición señalada al hombre, reconocíase á la vez la influencia de las ideas ortodoxas y algunas vacilaciones que provienen del espíritu de Lamarck. «La especie, dice, es una colección de individuos semejantes entre sí, cuyas ligeras diferencias se explican por la influencia de los agentes físicos, y que descienden de una pareja primitiva:» es la profesión de fe del monogenismo antiguo.

Para M. de Quatrefages, en fin, los elementos de definición se reducen á dos: «la semejanza de los individuos entre sí y su filiación no interrumpida hasta un grupo primitivo.» Solo después admite como criterio práctico de la especie el resultado de los cruzamientos en su seno.

«Solamente los individuos de una misma especie dan entre sí productos indefinidamente fecundos.» Este pensamiento es el de los antiguos botánicos Ray y de Candolle.

¿Qué pensar de tales divergencias? Que la especie podría ser precisamente uno de esos *productos del arte* de que nos habla Lamarck, y no una circunscripción zoológica dada, absoluta. Por lo demás, según lo declaran sus más celosos partidarios, solo tiene un criterio, la fecundidad de los individuos en su propio seno, la esterilidad entre individuos de especies distintas.

Pero ¡cuántas restricciones, cuántos grados y excepciones se habrán de aplicar á ese criterio! Especies admitidas sin discusión como diferentes dieron productos fecundos hasta donde fué posible. Los clásicos ortodoxos, olvidando que al mismo Buffon le había llamado la atención el hecho, trataron de refutarle, pero fuéles preciso ceder, diciendo que se habían equivocado, si bien resultaría en tal caso que las pretendidas especies no eran sino variedades ó razas. Tratándose de la liebre y el conejo, el perro y el lobo, los dos camellos y otros muchos animales, se podría admitir; pero del macho cabrío á la oveja la diferencia es demasiado grande; son géneros, y para convertirlos en variedades es preciso bajar dos escalones; y ha de observarse que rebaños enteros de sus mestizos pacen siglos ha en los Andes de Chile, siendo objeto de un comercio importante. La cabra montés y la cabra son también géneros, y sin embargo se cruzan libremente en los Pirineos, según dice el conde de Bouillé, que describió sus mestizos.

A decir verdad, añádese que el criterio consiste menos en la fecundidad que en su extensión ilimitada en los descendientes, y que los mestizos abandonados á sí mismos en ningún caso deben volver á presentar el tipo paterno ni el

materno; pero esta es una cuestión de grado en la manera de manifestarse una propiedad orgánica que describiremos más tarde con el nombre de *homogenia*, y en virtud de la cual dos gérmenes de sexos opuestos tienden á fecundarse recíprocamente, con tal que su diferencia zoológica no sea demasiado grande. La fecundidad sencilla es el primer grado; tenemos el más alto en la unión de la liebre y el conejo; especies distintas dan productos intermedios por sus caractéres, llamados *leporidos*, que al cabo de veinte generaciones son aun hijos, según repetidos experimentos practicados en Francia y Alemania.

En suma, la perpetuidad del tipo de la especie está asegurada en tal estado de cosas por la facultad de los individuos de cruzarse mejor y con más éxito en su seno, dando el ser á vástagos que se perpetúan á lo infinito semejantes entre sí. Nadie lo pone en duda. También es regla que, en el mismo estado de cosas, los cruzamientos fuera de la especie son estériles; pero en ambos casos hay excepciones, las cuales no confirman la regla, y que se multiplican desde que se observa más de cerca, excepciones no previstas por las analogías y que solo se aprenden con la experiencia. Esta afinidad, más ó menos efectiva entre géneros y especies, y las variedades de mestizos más ó menos favorecidos que resultan, prueban al menos que las barreras de la especie no son infranqueables, y que el pretendido criterio no tiene nada de absoluto.

Cuando estudiemos después en los cruzamientos humanos el grado de homogenia de las razas entre sí, nos guardaremos muy bien, por lo tanto, de buscar un argumento en pro ó en contra de su calidad de especie ó de variedad.

DE LA VARIEDAD.—Bajo este nombre, exento de todo calificativo, entiéndese por lo regular toda colección de individuos que presentan caractéres comunes, distinguiéndose por esto de las colecciones afines que tienen otros comunes también ó de un tipo más general: puede ser pasajera y accidental ó permanente. La variedad teratológica y la que resulta de la influencia de las localidades se hallarían en el primer caso. Con la cuestión de la variedad permanente renuévase todas las disidencias de doctrina. Para las escuelas transformistas de hoy día no hay distinción que establecer entre ellas y la especie; para la escuela adversa antigua, como por ejemplo Prichard, las dos se tocan, en cuanto sus caractéres son por una y otra parte hereditarios; pero mientras que la variedad permanente no es más que una variedad accidental, confirmada y fijada, la especie habría existido siempre, ó cuando menos descendería de una primera pareja única.

DE LA RAZA.—Esta palabra tiene varias acepciones, según la doctrina que se profese ó la falta de ella. Para unos corresponde á la variedad permanente y secundaria de Prichard; para otros es una circunscripción zoológica tan bien determinada, que es preciso preguntarse si no se confunde con la especie. En el lenguaje corriente, por fin, tiene un sentido vago que deja todas las cuestiones en suspenso.

«Las razas son variedades hereditarias», decía Adriano de Jussieu. «Cuando los caractéres accidentales que distinguen á una variedad vegetal ó animal, se transmiten por vía de generación y llegan á ser hereditarias, fórmase una raza,» según M. de Quatrefages; y añade: «Zoólogos y botánicos están unánimes en este punto.» Y más lejos: «La raza es el conjunto de los individuos semejantes que, perteneciendo á una misma especie, han recibido y transmiten por vía de generación los caractéres de una variedad primitiva.» ¿Y será primitiva lo que M. de Quatrefages ha querido decir? Si se deja á un lado el debatido criterio sobre la fecundidad, ¿cómo ha de distinguirse la variedad primitiva de la especie?

El origen accidental está precisado en esta otra definición: «La raza, escribía Isidoro Geoffroy Saint-Hilaire, es una serie de individuos nacidos unos de otros y diferentes por caractéres que han llegado á ser constantes.»

La definición de M. J. Pouchet da la segunda acepción, que es la de los antiguos poligenistas. «La palabra raza, dice, designa los diversos grupos naturales del género humano.» Para este autor son otras tantas especies. Como variante radical puede admitirse que ciertas razas deben representar, en efecto, especies, pero otras no son sino variedades permanentes.

El tercer modo de entender, ó mejor, de servirse de la palabra raza, se indica en la siguiente definición de Prichard: «Bajo el nombre de razas comprendense todas las series de individuos que presentan *mas ó menos* caractéres comunes, transmisibles por herencia, dejándose aparte y reservado el origen de estos caractéres.»

El término se neutraliza así, tomándose en su acepción más lata, pues lo mismo se aplica á las variedades ó subvariedades humanas más ó menos demostradas, que á las especies sobre que se discute. A su sombra, todas las opiniones pueden ser aceptadas; los negros, en general, serán calificados como raza, lo mismo que sus divisiones, los cafés ó los naturales de Guinea; se podrá hablar sin dificultad de las razas puras, cruzadas, mezcladas, primarias y secundarias; habrá razas antropológicas, históricas y lingüísticas. Las mas, perdidas en la noche de los tiempos, no se volverán á encontrar sino por un análisis metódico de todos los materiales y datos; las otras se formarán aun á nuestra vista, como las razas actuales de Australia y América. Hasta el momento en que debamos emitir nuestro voto sobre el número y el valor de las razas seremos pues partidarios de esta acepción, manteniéndonos así en el espíritu de las enseñanzas de nuestro maestro M. Broca. «En cuanto á las variedades del género humano, dice, han recibido el nombre de raza, que despierta la idea de una filiación más ó menos directa entre los individuos de la misma variedad; pero no resuelve, ni afirmativa ni negativamente, la cuestión de parentesco entre individuos de variedades distintas.»

Las razas así comprendidas, es decir, las divisiones y subdivisiones más ó menos demostradas de la familia humana, figuran en número infinito, y muy pronto se ha tratado de agruparlas, comenzándose por las más notables desde luego, siguiendo después por las menos definidas, y analizándose por último las que se suponen ó las que se entreven por la geografía, la historia y la lingüística.

CLASIFICACIONES DE LAS RAZAS.—El primer ensayo de clasificación data de 1684. Un francés, F. Bernier, al regresar de sus viajes, admitió cuatro razas: los blancos en Europa, los amarillos en Asia, los negros en Africa y los lapones en el norte. El segundo ensayo es de Linneo: su género hombre comprende tres especies: el *homo sapiens*, el *homo ferus* y el *homo monstruosus*. El hombre salvaje es mudo, está erizado de pelos y anda en cuatro patas; entre los hombres monstruosos figuran los microcéfalos y los plagiocéfalos. El *homo sapiens* comprende cuatro variedades: el europeo de cabello rubio, de ojos azules y tez blanca; el asiático de cabello negruzco, ojos castaños y tinte amarillento; el africano de cabello negro y crespo, color negro, nariz aplanada y labios gruesos; y el americano de tez bronceada, de cabello negro y largo y sin pelo de barba.

Buffon no clasificaba, describía; y reconoció particularmente una raza hiperbórea, una raza malaya, distinguiendo á los hotentotes de los otros negros africanos.

La primera división que tuvo algun prestigio fué la de Blumenbach. El profesor de Gottinga describió cinco varie-

dades humanas; la caucásica, la mogola, la etíope, la americana y la malaya. Es autor de la calificación de *caucásica*, que se ha conservado hasta nosotros, viniendo de que el Cáucaso está inmediato al monte Ararat, donde se detuvo el arca de Noé.

Pero muy pronto se efectuó el movimiento que debía producir la reacción en cierto número de naturalistas: habiendo sobrevivido al diluvio universal solamente tres parejas humanas, era preciso que todas las razas actuales descendiesen de ellas.

Cuvier admitió pues tres razas: la blanca ó caucásica, la mogola y la negra; y ya tranquilo multiplicó las subdivisiones, dividiendo la primera en tres grupos: el indo-pelágico, el arameo (semita) y el escita-tártaro; en la segunda comprendió los kalmukos, los manchúes, los chinos, los japoneses y coreos y los habitantes de la Micronesia (islas Marianas, Carolinas). Nada dijo de las divisiones de la raza negra; y no sabiendo dónde agrupar en su clasificación los malayos, los papúes, los lapones, los esquimales y los americanos, dejólos fuera del cuadro sin dar explicaciones; si bien dijo: «La coloración roja de los americanos no basta para formar una raza distinta.»

Sin embargo, la autoridad de Blumenbach contrabalanzaba la de Cuvier, y los clásicos, excepto algunos disidentes, se declararon, unos en favor de las cinco razas del primero y otros por las tres del segundo. Lacépède, Prichard, Jacquinot y Flourens optaron por tres, si bien este último reconocía treinta y tres tipos diferentes.

Virey hizo en 1801 la primera oposición, consignando que el género humano se componía de dos especies, la blanca y la negra, divididas en seis razas, y estas á su vez en familias.

Bory de Saint Vincent y A. Desmoulins le siguieron en esta vía: el primero, volviendo á la tesis de La Peyrere, declaró que Adam era el «padre de los judíos solamente, y que entre las razas humanas las diferencias son bastante grandes para que se les dé el nombre de especies.» Admite quince, algunas de las cuales comprenden á su vez diversas razas: son las especies jafética ó europea, arábica, inda, escítica (turcos), sinica (chinos), hiperbórea, neptúncia (malayos, polinesios y papúes), australiana, colombiana y americana, etiópica, cafre, melanesiana y hotentote. Entre las razas secundarias deben citarse algunas: la especie arábica, que comprende la raza adámica (judíos y árabes), y la raza atlántica (berberiscos).

A. Desmoulins, al mismo tiempo si no antes, contaba diez y seis especies humanas, figurando entre ellas dos omitidas por Bory, la kuriliana y la papúa. La especie caucásica está comprendida en otra acepción distinta de la que le dieron Blumenbach y Cuvier, pues solo designa un grupo particular del Cáucaso, en el que se incluyen los mingrelios, los georgianos y armenios. Su división de la especie mogola en raza indo sinica, mogola ó hiperbórea, es igualmente digna de atención. De sentir es que A. Desmoulins haya agrupado de nuevo en su especie escítica ó europea la raza finnesa; pero en su agrupación se encuentran afinidades inesperadas que la ciencia no ha confirmado, aunque merecerán tal vez ser tomadas en consideración algún día.

Sería imposible reproducir todas las proposiciones de clasificación, desde las cuatro razas de Leibnitz, las cuatro variedades de Kant, los cinco grupos divididos en veintidos familias, de Morton, ó los nueve centros de Agassiz hasta las clasificaciones más recientes de M. Fr. Muller y de M. Hæckel. Solo nos ocuparemos de tres para concluir, la de Isidoro Geoffroy Saint Hilaire, la primera que fundó la clasificación exclusivamente en la consideración metódica

de cierto número de caracteres físicos; la de M. Huxley, que tiene su originalidad; y la de M. de Quatrefages, que se apoya en consideraciones de toda clase, conforme á los principios del método natural.

Las clasificaciones de Isidoro Geoffroy Saint Hilaire son dos: en la primera distribuye sus once razas principales según la naturaleza del cabello, la forma aplanada ó saliente de la nariz, el color de la piel, la configuración de los ojos y el volumen de los miembros inferiores. En la segunda comprende tipos humanos caracterizados del modo siguiente: el primero, ó tipo caucásico, tiene la cara oval y las mandíbulas verticales «ortoñato;» el segundo, ó tipo mogol, tiene la cara ancha por efecto de la prominencia de los pómulos «euriñato;» el tercero, ó tipo etiópico, tiene las mandíbulas salientes «proñato;» y el cuarto, ó tipo hotentote, tiene á la vez los pómulos desviados y las mandíbulas salientes «euriñato y proñato.» El tiempo no ha consagrado en todos sus puntos esta división, pero sus bases son excelentes.

La clasificación de M. Huxley comprende dos divisiones primarias: los *ulotricos*, de cabello crespo, y los *leiostricos* de cabello liso; estos últimos se subdividen en cuatro grupos, resumiéndose la clasificación como sigue.

1.º *ULOTRICOS*: color que varía del amarillo oscuro al negro más oscuro; cabello y ojos negros: dolicocefalia (cabeza prolongada), salvo raras excepciones. Ejemplo: los negros de Africa y los papúes. 2.º *LEIOSTRICOS*:—Grupo australoide: piel, cabello y ojos negros; cabello largo y recto; cráneo proñato de arcos superciliares muy desarrollados. Ejemplo: los australianos, los negros del Dekan, y tal vez los antiguos egipcios.—Grupo *mongoloide*: piel amarillenta, morena ó de un rojo moreno; ojos negros; cabello largo, negro y recto; cráneo mesaticéfalo (forma mediana). Ejemplo: los mogoles, los chinos, los polinesios, los esquimales y los americanos.—Grupo *xantocroide*: piel blanca; ojos azules; cabello abundante; cráneo mesaticéfalo. Ejemplo: los eslavos, los teutones, los escandinavos y los celtas rubios.—Grupo *melanocroide*: color pálido; cabello y ojos negros; cabello largo. Ejemplo: los ibéricos, los celtas negros y los berberiscos.

Muchas objeciones se pueden oponer á esta clasificación. La forma de la cabeza, por ejemplo, no es siempre exacta; y si en el tercer grupo los chinos y los polinesios son mesaticéfalos, los esquimales son los más dolicocéfalos del globo, y los mogoles figuran entre los más braquicéfalos.

La clasificación, ó más bien el plan de clasificación mejor comprendido, dejando á un lado el principio monogenista en que reposa, es el de M. de Quatrefages. El eminente profesor de antropología del Museo de Paris considera el conjunto de las razas humanas, «puras ó tenidas por tales» (1), como un tronco único del cual parten tres (el blanco, el amarillo y el negro), que se dividen en ramas, y estas en otras más pequeñas, en las cuales se hallan las familias divididas en grupos. Las ramas del tronco blanco son la aria, la semítica y la alófila (estonios, caucásicos y ainos); las del tronco amarillento son la mogola ó meridional y la ugriana ó boreal; y las del tronco negro, la negrita, la melanesia, la africana y la saab (hotentotes). Como ejemplo de ramas

(1) No podrían existir, en efecto, razas verdaderamente puras según la teoría monogenista: derivándose todas de una sola, y habiéndose producido poco á poco por la influencia local, el calificativo no se les puede aplicar absolutamente en ningún período de su existencia. Según la doctrina poligenista *antigua*, cierto número de razas han existido desde los primeros tiempos con los caracteres que en ellas observamos ahora, y de consiguiente se han conservado puras. Según la teoría transformista, las razas no son nunca inamovibles, ó por lo menos no lo son sino relativamente á nuestra corta visión; de modo que su pureza es siempre relativa como en el monogenismo.

secundarias, citaremos las tres de la aria, el celta, el germano y el eslavo; las dos de la rama mogola, el sinico (chinos, etc.) y el turanio (turcos). Como ejemplos de familias citaremos la caldea, la arábica y la amara de la rama semita; de la primera sale el grupo hebreo; de la segunda los grupos himiarita y árabe, y de la tercera el grupo abisinio. M. de Quatrefages admite además «grandes razas que se enlazan más ó menos» con uno de los tres troncos. Así, por ejemplo, entre las del tronco amarillo, razas «de elementos yuxtapuestos» (los japoneses), y razas «de elementos fusionados» (los malayo-polinesios) (1).

La mayor parte de las clasificaciones, en suma, van progresando; se las ve nacer tímidamente, multiplicar sus divisiones y descender á los detalles; las circunscripciones geográficas son las primeras que llaman la atención; los caracteres físicos después; la lingüística luego; y muy pronto intervienen los documentos de toda clase, étnicos, históricos y arqueológicos. El defecto de algunos consiste en ser exclusivos, como la clasificación de M. F. Muller, que es esencialmente lingüística. M. de Quatrefages, por el contrario, bebe en todas las fuentes y pesa todas las consideraciones, aunque tal vez no deja la mejor parte á los caracteres físicos, que á sus ojos, como naturalista, deberían merecer la preferencia entre todos los demás. La etnología que clasifica los pueblos, puede bien descuidarlos; la antropología, que debe distribuir las razas, como la botánica hace divisiones y subdivisiones de una familia vegetal, tiene precisión de tomarlos por base.

Por lo mismo expondremos, antes de volver á esta cuestión, todo cuanto se refiere á los caracteres físicos primeramente, y lo que atañe á los fisiológicos después. En cuanto á los caracteres étnicos, arqueológicos y lingüísticos, también nos ocuparemos de ellos, pero no muy extensamente.

Los CARACTERES FÍSICOS que distinguen á las razas son de dos órdenes: anatómicos, que se estudian en los laboratorios, y exteriores, que se observan en el sér vivo.

Unos y otros distan mucho de tener el mismo valor en la fase actual de la ciencia antropológica. En el laboratorio todo se hace cuidadosa y metódicamente, con el compás y la balanza en los límites de lo posible; los observadores pueden proceder con toda la calma y reunir los conocimientos necesarios. En país lejano, es decir en el sér vivo, no sucede así; el viajero suele tener otras cosas en qué pensar; llega con creencias erróneas, preocupase por los acontecimientos del día y la disposición de su espíritu, ó ignora lo que debe observar, y mira con indiferencia los hechos que resolverían tal vez las cuestiones más controvertidas. Hé aquí porque los datos que llegan de lejos, á veces del punto más favorable, no tienen siempre el mismo grado de certeza que los hechos mucho más modestos observados en el silencio del gabinete.

Las relaciones y las instrucciones publicadas por las sociedades sábias tienen precisamente por objeto suplir esta falta de preparación de los viajeros ordinarios, dándoles á conocer el *desideratum* de la ciencia y la manera de observar, puesto que el examen de los más insignificantes caracteres ofrece á menudo dificultades. Un sabio como el doctor Beddoe formará listas muy instructivas sobre el color del cabello; un

(1) No citaremos el nombre de M. de Quatrefages sin dar á conocer toda la liberalidad con que continuamente puso á nuestra disposición desde hace algunos años las magníficas colecciones antropológicas del Museo, como lo ha hecho con todo aquel que desea practicar investigaciones en este estudio: le estamos profundamente agradecidos por su atención. Sin abundar en todas sus ideas, admiramos la lucidez y la convicción con que las desarrolla en sus lecciones y notables escritos; su examen de la doctrina de Darwin nos ha llamado la atención particularmente y merece ser meditado con toda reflexión.

hombre de mundo, dotado del espíritu de observación, hará otro tanto con ayuda del cuadro de colores trazado por la Sociedad de antropología; un tercero, como Quetelet y todo médico familiarizado con la anatomía, describirá exactamente las proporciones del cuerpo, pero no se puede exigir esto de la generalidad de los viajeros, que creen haber hecho mucho cuando han inscrito en su libro de memorias que en tal ó cual fecha encontraron un indígena de cara prolongada, cabello rizado, nariz aplanada y color oscuro. Semejantes datos son insuficientes en general. Las expediciones como las de la «Novara» en la Oceanía ó de Petermann en el Norte, en las que hombres especiales se encargan de cada clase de observaciones, son raras, y sobre todo para Francia, preciso es decirlo, entre esos hombres se citan los Peron, los Pickering, los d'Orbigny, los Humboldt y los Fritsch. Apenas han dado algo para la antropología los viajes de Livingstone. En historia natural, lo que se pide ante todo es la presentación de muestras de plantas y de animales, que se clasifican detenidamente por los hombres de cada especialidad. En etnología se trata de anotar los usos y costumbres, averiguando la distribución ó historia de cada tribu. Para esto no faltan los Pallas, los Barrow y los Eyre; pero en antropología, dejando á un lado los huesos, cabellos y fotografías que se traen, todo es trabajar á lo lejos.

De aquí la inferioridad relativa en que se halla el estudio físico del sér vivo, mientras que los del laboratorio son florecientes; pero entre estos hay algunos que por la naturaleza de las cosas tienen forzosamente cierta preeminencia. La primera condición para un laboratorio es tener piezas, y las comunes son las que menos trabajo dan y se conservan mejor, como los huesos, sobre todos los cráneos. Sin embargo, desde hace algún tiempo recibense en el laboratorio de Mr. Broca de todas las partes del mundo cerebros perfectamente conservados en el alcohol.

Los huesos, por otra parte, tienen la inapreciable ventaja de proporcionarnos todo cuanto queda de los antiguos pueblos, siendo á menudo lo único que les representa en el país; los hay que cuentan mil ó dos mil años, y hasta diez ó veinte mil, siendo por lo tanto de tiempos en que las mezclas habían alterado menos los tipos.

No se extrañará, pues, la importancia que ha adquirido en la comparación de las razas el estudio de los huesos, y en particular del cráneo, la parte que se recoge con preferencia, y también la más noble del animal humano.

La craneología forma así el primer capítulo de la antropología de las razas humanas.

Las diferencias que presentan los cráneos pueden ser ligeras ó considerables; las unas mejor apreciables á la vista, las otras fáciles de medir. De su conjunto, examinado rápidamente ó con método, resulta el tipo particular de cada cráneo, ó el tipo general del grupo á que pertenece. Algunas de estas diferencias son sin embargo bastante notables para caracterizar por sí solas la raza y permitir que se reconozca desde luego la procedencia de la pieza. Tales son la longitud y la altura excesivas del cráneo esquimal, ó la disposición del vértice en forma de quilla, asociada con una gran profundidad del nacimiento de la nariz en el cráneo tasmano; pero estas son excepciones. La craneología en su fase actual es una ciencia de análisis y de paciencia; todavía no es ciencia de síntesis.

Dos métodos generales se disputan la preeminencia, aunque en general son de igual utilidad y se completan mutuamente. En el uno, la «Craneoscopia», bastan la simple vista ó medios sencillos que siempre se tienen á mano: en el otro, la «Craneometría» se apela á procedimientos de precisión. Llamaremos *descriptivos* los caracteres que se obtienen con